



*La princesa
fiel*

PHILIPPA GREGORY

Philippa Gregory demuestra que a través del rostro aparentemente conocido del pasado se ocultan sorprendentes historias: relatos de mujeres extraordinarias que influyen en el futuro de Europa, de héroes respetables que cometen graves errores y una historia de amor no contada que cambia el destino de una nación.

Catalina de Aragón es la hija menor de dos monarcas famosos por su fervor religioso. A los tres años de edad es prometida al príncipe Arthur, hijo y heredero de Henry VII de Inglaterra, y es educada para convertirse en princesa de Gales. Sin embargo, tiene que soportar duras pruebas: Arthur, su prometido, no es más que un niño y los modales de los ingleses son ordinarios. Finalmente, Catalina se va adaptando poco a poco a la primera corte de la dinastía Tudor y su vida como esposa de Arthur le resulta menos insoportable de lo que creía al principio. Cuando su esposo fallece, Catalina se ve obligada a construir un futuro propio. Su única salida es casarse con el hermano menor de Arthur, Harry. El rey Henry y su madre se oponen a ese matrimonio y los poderosos padres de Catalina tampoco lo ven con buenos ojos... Pero la joven ha heredado de su madre, Isabel la Católica, su indomable espíritu de lucha. La futura reina está dispuesta a hacer lo que sea para conseguir su objetivo, aunque eso signifique tener que contar la mayor mentira del mundo y aferrarse a ella.

Para Anthony

En *La princesa fiel* confluyen personajes históricos de la corte inglesa cuyos nombres, por tradición, se han traducido al castellano, junto con personajes menos conocidos cuyos nombres nunca han sido traducidos. En la edición que aquí presentamos, hemos creído conveniente mantener en inglés todos los nombres británicos. De esta manera, pretendemos evitar que el lector se sienta confuso por la presencia en la novela de nombres propios en inglés junto con nombres propios traducidos al castellano.

PRINCESA DE GALES

Granada, 1491

Se oyó un alarido y, a continuación, el rugido del fuego al prender los tapices de seda, seguido de una algarabía de gritos de pánico que se propagaban de tienda en tienda a la misma velocidad que las llamas, que saltaban de un estandarte de seda a otro, trepaban por los vientos y se abrían paso a través de las puertas de muselina. Los caballos relinchaban, aterrorizados, y los hombres gritaban para tranquilizarlos, pero el miedo que se percibía en sus propias voces sólo empeoraba las cosas, hasta que la llanura entera quedó iluminada por un millar de incendios pavorosos y la noche se llenó de humo, de gritos y de alaridos.

La niña, asustada, quiso levantarse de su cama y llamó en español a su madre.

—¿Son los moros? —gritó—. ¿Son los moros, que vienen a buscarnos?

—Oh, Dios mío, sálvanos, han incendiado el campamento —exclamó su niñera—. Virgen Santa, me violarán y a ti te acuchillarán con sus alfanjes.

—¡Madre! —gritó la niña, levantándose de la cama a toda prisa—. ¿Dónde está mi madre?

Se precipitó al exterior. Mientras corría, el camisón revoloteaba entre sus piernas y, tras ella, el fuego devoraba los tapices de su tienda, convertida ya en un infierno de pánico. Las miles y miles de tiendas del campamento eran pasto de las llamas: las chispas saltaban hacia el cielo nocturno como violentos surtidores y revoloteaban como un enjambre de luciérnagas que propagaban aún más el desastre.

—¡Madre! —gritó la niña, en busca de ayuda.

De entre las llamas surgieron dos enormes caballos oscuros, como si fueran animales mitológicos que avanzaban unidos. Su pelaje negro contrastaba con el resplandor del fuego. Desde lo alto, mucho más alto de lo que pudiera imaginarse, la madre de la niña se inclinó para hablarle a su hija, que estaba temblando. La cabeza de la niña no superaba la paletilla del caballo.

—Quédate con tu niñera y pórtate bien —ordenó la mujer, con una voz en la que no había rastro de miedo—. Tu padre y yo tenemos que montar nuestros caballos y dejarnos ver.

—¡Dejadme ir con vos! ¡Madre! Me quemaré. ¡Permitid que os acompañe! Los moros me cogerán —exclamó la niña, levantando los brazos hacia su madre.

Cuando su madre se inclinó para dar una orden, el resplandor del fuego se reflejó mágicamente en su peto y en el repujado de sus grebas, y le otorgó el aspecto de una mujer hecha de plata y destellos.

—Los hombres desertarán si no me ven —dijo con severidad—. Y no querrás que eso pase...

—¡No me importa! —lloriqueó la niña, aterrorizada—. ¡Lo único que me importa sois vos! ¡Subidme!

—Primero es el ejército —concluyó la mujer que montaba el caballo negro—. Tengo que salir —dijo, mientras obligaba al caballo a alejar la cabeza de la aterrorizada niña—. Volveré a buscarte. Espérame allí, ahora tengo que cumplir con mi deber.

Desesperada, la niña siguió con la mirada a sus padres mientras éstos se alejaban galopando.

—¡Madre^[1]! —gimoteó—. ¡Madre, por favor! —La mujer, sin embargo, no se volvió.

—¡Nos quemarán vivas! —gritó a sus espaldas Madilla, la sirvienta—. ¡Corred! ¡Corred y escondeos!

—Cállate. —Enojada, la niña se volvió hacia ella—. Si yo, la mismísima princesa de Gales, puedo quedarme en un

campamento en llamas, entonces tú, que al fin y al cabo no eres más que una morisca, también podrás soportarlo.

Siguió con la mirada los dos caballos, que iban de un lado a otro entre las tiendas en llamas. Allí donde se detenían cesaban los gritos y el aterrorizado campamento recuperaba en parte la disciplina. Los hombres formaron cadenas para ir pasando cubos de agua desde la acequia y poco a poco el pánico dio paso a la calma. Desesperado, el general persiguió a aquellos que un momento antes intentaban huir: los golpeó con la parte plana de su espada para obligarlos a formar un improvisado batallón y colocarse en formación de defensa en la llanura, por si acaso los moros habían visto la columna de fuego desde sus siniestras almenas y decidían atacar el campamento en mitad del caos. Ésa noche, sin embargo, los moros no aparecieron: se quedaron tras los altos muros de su castillo, preguntándose qué maldades estarían urdiendo los perversos cristianos en la oscuridad. Tenían demasiado miedo para acercarse al infierno que habían provocado los infieles, pues sospechaban que tal vez fuera una trampa.

La pequeña de cinco años contempló la determinación de su madre, que venció al mismísimo fuego; su regia seguridad, que sofocó el pánico; su fe en la victoria, que se impuso a la realidad del desastre y de la derrota... Subida a uno de los cofres del tesoro, la niña se tapó los pies desnudos con el camisón y aguardó a que el campamento se reorganizara.

Cuando la madre regresó cabalgando junto a su hija, la encontró serena y tranquila.

—Catalina, ¿estás bien?

La reina Isabel de Castilla desmontó y se volvió hacia su queridísima hija menor, pero contuvo el deseo de arrodillarse y abrazarla. Con ternura no conseguiría convertirla en una guerrera de Cristo y no era buena idea fomentar la debilidad en una princesa. La determinación de la niña, sin embargo, era tan férrea como la de su madre.

—Ahora estoy bien.

—¿Has tenido miedo?

—En absoluto.

La mujer hizo un gesto de aprobación.

—Así me gusta —dijo—. Eso es lo que espero de una princesa de España.

—Y princesa de Gales —añadió su hija.

Ésta soy yo, esta niña de cinco años subida al cofre del tesoro, con un rostro blanco como el mármol y unos ojos azules muy abiertos por el miedo, una niña que se niega a temblar y que se muerde los labios para no llorar más. Ésta soy yo, concebida en un campamento por unos padres que son rivales y amantes a la vez, nacida entre batalla y batalla en un invierno de lluvias torrenciales, criada por una madre que viste armadura. Una niña cuya infancia ha transcurrido entre campañas bélicas. Mi destino es luchar para defender mi sitio en este mundo, luchar contra otros para defender mi fe, luchar contra otros para defender mi palabra: he nacido para luchar por mi nombre, por mi fe y por mi trono. Soy Catalina, princesa de España, hija de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, los dos monarcas más grandes que ha visto jamás este mundo. Desde El Cairo hasta Bagdad y desde Constantinopla hasta la India e incluso más allá, los moros de todas las nacionalidades —turcos, indios, chinos— temen esos dos nombres. Los moros son nuestros rivales, nuestros admiradores y nuestros enemigos hasta la muerte. El papa bendice los nombres de mis padres, pues ellos luchan para defender nuestra fe del poder del Islam, son los mayores cruzados de la Cristiandad y los primeros reyes de España. Y yo soy su hija menor, Catalina, princesa de Gales y futura reina de Inglaterra.

Cuando tenía tres años me prometieron en matrimonio al príncipe Arthur, hijo de Henry VII de Inglaterra, y cuando tenga quince navegaré hasta su país en un hermoso barco de cuyo mástil más alto ondeará mi estandarte. Seré su esposa y luego su reina. Su país es rico y fértil: en él abundan

las fuentes de las que fluye el agua, los árboles cargados de frutos maduros y las flores de dulce fragancia. También será mi país y yo lo cuidaré. Todo está decidido prácticamente desde que nací. Siempre he sabido que sería así. Por mucho que lamente tener que separarme de mi madre y de mi hogar, al fin y al cabo he nacido princesa: mi destino, pues, es ser reina y conozco bien cuál es mi deber.

Soy una niña de firmes convicciones. Sé que seré reina de Inglaterra porque ésa es la voluntad de Dios y el mandato de mi madre. Y, al igual que todos los que me rodean, creo que Dios y mi madre son por lo general del mismo parecer. Siempre se cumple su voluntad.

Por la mañana, el campamento situado frente a Granada era un siniestro caos de tapices humeantes, tiendas arrasadas, pilas de forraje que también humeaban... y todo destruido por culpa de una vela a la que nadie había prestado atención. No quedaba más opción que la retirada. El ejército español había avanzado con orgullo para sitiar el último gran reino de los moros en España, pero había quedado reducido a cenizas. No quedaba más remedio que volver atrás para reagruparse.

—No nos retiraremos —ordenó Isabel de Castilla.

Los generales, convocados a una improvisada reunión bajo un toldo chamuscado, espantaron las moscas que revoloteaban por el campamento y se daban un festín con los restos.

—Su majestad, ya no podemos hacer nada esta temporada —le dijo con amabilidad uno de los generales—. No es una cuestión de orgullo ni de voluntad: no tenemos tiendas ni cobijo, la mala suerte se ha cebado en nosotros. Tendremos que regresar para reaprovisionarnos y volver a sitiar el reino. Vuestro esposo —dijo el general, señalando al apuesto hombre que escuchaba con atención, un poco alejado del grupo— lo sabe. Todos lo sabemos. Sitiaremos de nuevo Granada y no nos derrotarán, pero un buen general sabe cuándo debe iniciar la retirada.

Todos asintieron. El sentido común les decía que no se podía hacer nada excepto abandonar por ese año el sitio de Granada. La batalla continuaría, como lo había hecho durante siete siglos. Todos los años, las nuevas generaciones de reyes cristianos aumentaban sus tierras a costa de los moros y el reino de al-Andalus retrocedía un poco más hacia el sur tras cada batalla, así que un año más no importaba. La niña apoyó la espalda en el palo húmedo de la tienda, que olía a brasas apagadas, y contempló la expresión serena de su madre. La reina Isabel no se inmutó.

—Sí es una cuestión de orgullo —corrigió al general—. Nos enfrentamos a un enemigo que sabe de orgullo mucho más que cualquier otro. Si ahora nos retiramos con las ropas chamuscadas, con las alfombras quemadas enrolladas bajo el brazo, sus carcajadas se oirán hasta en al-Yanna, su paraíso. No pienso tolerarlo. Pero el principal motivo no es ese: la voluntad de Dios es que luchemos contra los moros, la voluntad de Dios es que sigamos adelante. No es voluntad de Dios que retrocedamos, así que debemos seguir adelante.

El padre de la niña volvió la cabeza y sonrió con aire burlón, pero no discrepó. Cuando los generales lo miraron, hizo un gesto apenas perceptible con la mano.

—La reina tiene razón —dijo—. La reina siempre tiene razón.

—¡Pero no tenemos tiendas, ni campamento!

—¿Qué os parece? —preguntó, dirigiéndose a la reina.

—Montaremos otro —decidió ella.

—Su majestad, hemos arrasado kilómetros y kilómetros de campo. Me atrevería a decir que no podemos coser ni un kamiz para la princesa de Gales. No quedan telas, ni lona, ni acequias, ni cosechas en los campos. Hemos destrozado los canales y hemos arrancado las cosechas. Las hemos arrasado. Pero somos nosotros los que están acabados.

—Pues lo montaremos con piedras. ¿Todavía tenemos piedras?

El rey se aclaró la garganta para disimular una carcajada.

—Amor mío, estamos rodeados por una árida llanura de rocas —dijo—. Si algo tenemos, es piedra.

—Pues entonces no montaremos un campamento, sino que construiremos una ciudad de piedra.

—¡No podemos hacerlo!

La reina se volvió hacia su esposo.

—Pues lo haremos —dijo—. Es la voluntad de Dios. Y la mía.

El rey asintió.

—Lo haremos —dijo, dedicándole una sonrisa cómplice—. Mi deber es asegurarme de que se cumpla la voluntad de Dios; y mi mayor placer, que se respete la vuestra.

El ejército, derrotado por el fuego, recurrió a otros dos elementos, la tierra y el agua. Los soldados se afanaron como esclavos durante días de sol abrasador y noches de intenso frío, trabajaron como campesinos las tierras por las que se habían imaginado avanzando triunfalmente. Todo el mundo, desde los oficiales de caballería hasta los generales, pasando por los grandes nobles del país y los primos de reyes, trabajó a destajo bajo el sol abrasador y durmió de noche sobre un suelo duro y frío. Los moros, que contemplaban la escena desde las elevadas e impenetrables almenas de la fortaleza roja situada en una colina sobre Granada, admitieron que los cristianos tenían mucho valor. Nadie podía decir que les faltara decisión pero, al mismo tiempo, todo el mundo sabía que estaban sentenciados: no existía ejército capaz de tomar la fortaleza roja de Granada, que en dos siglos no había caído nunca. Estaba situada en lo alto de un cerro y dominaba una llanura que era una vega amplia. Era imposible lanzar un ataque sorpresa. El cerro de rocas rojas que surgía de la llanura daba paso, de forma casi imperceptible, a los muros de piedra roja del castillo,

que se elevaban más y más. No existía escalera que pudiera llegar a lo más alto, ni tropa que pudiera escalar su fachada vertical.

Sólo podría caer con la ayuda de un traidor, pero... ¿acaso existía algún estúpido que quisiera abandonar el poder estable y sosegado de los moros, respaldado por todo el mundo conocido y apoyado en una fe innegable, para unirse a la locura colérica del ejército cristiano, cuyos reyes no poseían más que unas cuantas hectáreas de terreno montañoso en Europa y que, además, estaban completamente divididos? ¿Quién querría cambiar al-Yanna, el jardín, que era la imagen del mismísimo paraíso, y que se hallaba tras los muros del palacio más hermoso de España — el más hermoso de Europa— por la burda anarquía que imperaba en los castillos y fortalezas de Castilla y Aragón?

Los moros no tardarían en recibir refuerzos de África, pues tenían hermanos y aliados en todo el continente, desde Marruecos hasta Senegal. Recibirían ayuda desde Bagdad o Constantinopla. Tal vez Granada fuera pequeña en comparación con las conquistas de Fernando e Isabel, pero tras Granada se hallaba el mayor imperio del mundo: el Imperio del Profeta, alabado sea su nombre.

Sin embargo, día a día y semana a semana, luchando contra el calor de las mañanas de primavera y el frío de las noches, los cristianos consiguieron lo imposible. Primero fue una capilla de forma circular, como si fuera una mezquita, pues era la que podían construir más de prisa los albañiles del lugar; después, una casa pequeña de tejado plano, construida en el interior de un patio árabe, para el rey Fernando, la reina Isabel y la familia real: su queridísimo hijo y heredero, el infante; las tres niñas mayores, Isabel, María y Juana, y la pequeña Catalina. La reina no pidió más que un techo y unas paredes, pues llevaba años en guerra y no esperaba lujos. Luego se construyeron una decena de casuchas de piedra alrededor de la residencia de los reyes, en las que se instalaron a regañadientes los grandes nobles. Y

después, dado que la reina era una luchadora, se construyeron establos para los caballos y arsenales en los que se guardaba la pólvora y los valiosos explosivos comprados en Venecia, para lo cual la reina había tenido que empeñar sus propias joyas. Entonces, y sólo entonces, se levantaron barracones, cocinas, despensas y salones. Y donde antes había tan sólo un campamento, apareció una pequeña ciudad hecha de piedra. Nadie creía que fuera posible, pero ¡bravo!, lo habían conseguido. Le pusieron el nombre de Santa Fe. Una vez más, la reina Isabel había vencido a la mala suerte: sus decididas y temerarias majestades católicas seguirían adelante con el sitio de Granada.

Catalina, princesa de Gales, se topó con uno de los grandes nobles, que hablaba en susurros con sus amigos.

—¿Qué estáis haciendo, don Hernando? —le preguntó, con la precoz seguridad de una niña de cinco años que jamás se alejaba mucho de su madre, una niña a quien su padre no le negaba nada.

—Nada, infanta —le respondió Hernando Pérez del Pulgar. Su sonrisa dio a entender a la niña que podía preguntárselo de nuevo.

—Estáis haciendo algo.

—Es un secreto.

—No lo contaré.

—¡Oh, princesa! Claro que lo contaréis. ¡Es un gran secreto! ¡Demasiado grande para una niña tan pequeña!

—¡No lo contaré! ¡De verdad! ¡De verdad que no! —dijo. Se puso a pensar—. Os lo prometo por Gales.

—¿Por Gales, vuestro país?

—Por Inglaterra.

—¿Por Inglaterra, vuestro legado?

La niña asintió.

—Por Gales, por Inglaterra y también por España.

—Bien, pues si me hacéis una promesa tan sagrada, os lo contaré, pero debéis jurarme que no se lo diréis a vuestra madre.

La niña asintió de nuevo y abrió mucho sus ojos azules.

—Vamos a entrar en la Alhambra. Sé de una puerta trasera que no está muy bien vigilada y que podemos forzar. Entraremos y... ¿sabéis qué?

La niña negó enérgicamente con la cabeza; su trenza de color castaño rojizo osciló de un lado a otro bajo su velo, como si fuera la cola regordeta de un perrito.

—Iremos a rezar a su mezquita. Y yo pienso dejar un avemaría clavada en el suelo con mi daga. ¿Qué os parece?

Catalina era demasiado joven para darse cuenta de que se precipitaban a una muerte segura. No sabía que en todas las puertas había centinelas, ni tampoco conocía la furia despiadada de los moros. El entusiasmo iluminó su mirada.

—¿De verdad?

—¿No os parece un plan increíble?

—¿Cuándo pensáis ir?

—¡Ésta noche! ¡Ésta misma noche!

—¡Pues no me iré a dormir hasta que regreséis!

—Debéis rezar por mí y luego iros a dormir. Yo mismo, princesa, iré por la mañana a contarle todos los detalles a vuestra madre.

La niña juró que no dormiría y permaneció despierta, inmóvil en su camastro, mientras su doncella daba vueltas sobre la alfombra, junto a la puerta. Poco a poco, Catalina fue cerrando los párpados hasta que las pestañas se apoyaron en sus redondeadas mejillas, abrió las manitas regordetas y finalmente se quedó dormida.

Por la mañana, sin embargo, don Hernando no apareció. En el establo faltaba su caballo y sus amigos tampoco daban señales de vida. Por primera vez en su corta existencia, la niña intuyó el peligro que el hombre había corrido: un peligro mortal, sólo para alcanzar la gloria y para ser recordado en algún cantar.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Dónde está Hernando? El silencio de Madilla, su doncella, la alarmó.